

El problema de las relaciones entre Cerdeña e Iberia en la antigüedad prerromana¹

POR MASSIMO PALLOTTINO

El tema se ha tratado y estudiado varias veces, pero generalmente bajo puntos de vista parciales y unilaterales, según el interés de los investigadores, a saber : a) por los paletnólogos, en especial por los especialistas de la prehistoria sarda o ibérica, a propósito de las correlaciones sardoibéricas en el Eneolítico y en la Edad del Bronce, y de las relaciones monumentales sardobaleares;² b) por los lingüistas, con respecto a la cuestión específica de las afinidades toponímicas y lingüísticas de Cerdeña con la España prerromana y con el vasco;³ c) por los filólogos, historiadores y orientistas, en relación con las interpretaciones de las tradiciones sobre la presencia de Iberos en Cerdeña y del material epigráfico hallado en la isla.⁴

Solamente A. García y Bellido,⁵ intentó estudiar en síntesis los diversos aspectos del problema, pero fundamentalmente en el sentido de una búsqueda de las influencias ibéricas en Cerdeña.

El presente replanteamiento de la cuestión, llevado desde el punto de vista de un investigador de la antigüedad itálica que intenta ver los hechos arqueológicos y lingüísticos en función de su significado histórico (aunque hagan referencia a tiempos común-

1. Conferencia pronunciada en el IV Curso de Prehistoria y Arqueología del Instituto de Estudios Mediterráneos de Barcelona, en Alcadia, septiembre de 1950, con algunas modificaciones, y puesta al día, especialmente en la bibliografía.

2. TARAMELLI, A., *Anghelu-Ruju. La necropoli eneolitica* (*Monum. Antichi dei Lincei*, XIX, 1909); P. BOSCH GIMPERA, en *Rev. Arch.*, 1925, XXII, págs. 191 ss.; en *Convegno Archeol. in Sardegna*, 1929, págs. 95 ss.; *Etnol. de la Penins. Ibérica*, 1932, págs. 229 ss. — ABERG, N., *La civilis. éneolithique dans la Penins. Ibérique*, 1921, págs. 181 ss. — MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J., *Elementos para un estudio de la cultura de los talayots en Menorca*, en *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 1935. — ALMAGRO BASCH, M., en *Ampurias*, II, 1940, págs. 85 ss.; — HAWKES, C. F. C., *The Prehistoric Foundations of Europe*, 1940, págs. 126 ss., 155 ss., 162, 170 ss., 250 ss., 261 ss., 304 ss. — PUGLISI, S., en *Bull. Paletn. It.*, 1941-42, págs. 131 ss. — DEL CASTILLO, A., y MALUQUER DE MOTES, J., en MENÉNDEZ PIDAL., *Historia de España*, I, págs. 668 ss. y 745 ss. — LILLIU, G., en *Studi Sardi*, VIII, 1948 (1949), págs. 33 ss. — GORDON CHILDE, V., *L'aube de la civil. europ.* 1950 (4.^a ed.), págs. 281 ss. — MAC WHITE, E., *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce* (Dissert. Matrit. II), 1951, págs. 68 ss., 88 ss. y 127.

3. BERTOLDI, V., en *Revue linguist. romane*, IV, 1928, págs. 222 ss.; en *Zeitschr. f. roman. Philol.*, LVII, 1937, págs. 137 ss. — TERRACINI, B., en *Convegno Archeol. in Sardegna*, 1929, págs. 123 ss.; en *Sardegna Romana* (Ist. Studi Romani), I, 1936, págs. 51 ss. — WAGNER, M. D., en *Archivium Romanicum*, XV, 1931; en *Revue linguist. romane*, IX, 1933, págs. 275 ss. — MILLARDET, I., *ibíd.*, págs. 346 ss. — GEROLA, B., en *Studi Etruschi*, XVI, 1942, págs. 345 ss. — ALESSIO, G., en *Studi Etruschi*, XVIII, 1944, págs. 93 ss.

4. Vid. las diversas citas a lo largo del presente artículo.

5. *Los Iberos en Cerdeña, según los textos clásicos y la arqueología*, en *Emerita*, III, 1935, págs. 225-226.

mente llamados prehistóricos) no tiene la pretensión de resolver definitivamente con nuevos datos las cuestiones particulares discutidas hasta ahora, y mucho menos el problema en su complejidad,⁶ sino que tan sólo quisiera sugerir algún criterio útil y cotejar y combinar los distintos datos que poseemos, a la luz de los progresos conseguidos en los últimos años por las diversas ciencias que tocan directa o indirectamente el problema en cuestión.

Los argumentos básicos que permiten hablar de correlaciones entre Cerdeña y el área ibérica (entendida en el sentido lato, es decir, en el sentido geográfico de península e islas ibéricas), en el actual estado de nuestros conocimientos, son:

1) Los siguientes *datos arqueológicos* : afinidad en la disposición y en la forma de algunos tipos de sepulcros prehistóricos y protohistóricos (dolmen, cistas con círculo de piedra); afinidades formales más específicas entre los monumentos sardos y los baleáricos (nuraghes y talayots, «tumbas de gigantes» y navetas); presencia en Cerdeña de cerámica propia de las culturas eneolíticas y del bronce, muy difundidas en Iberia (en particular con respecto a la forma y a la decoración del vaso campaniforme), y afinidades ocasionales en otras clases de restos, instrumentos y adornos, etc.; alguna relación tipológica y formal entre las figurillas de tipo eneolítico (llamadas «ídolos»), y también en la producción más tardía de las estatuillas de bronce.

2) Los siguientes *datos lingüísticos* : amplia difusión en la toponimia local de Cerdeña, seguramente referibles a un estrato lingüístico prelatino, de raíces y elementos formales, que se relacionan con tipos toponímicos de la Península Ibérica; voces toponímicas sardas y restos lexicales de origen prelatino conservadas en los dialectos sardos, que presentan semejanzas a veces marcadas con palabras vascas; características y tendencias fonéticas comunes a las áreas prelatinas de Cerdeña y de Iberia.

3) Las noticias de *fuentes literarias* respecto a una colonización ibérica de Cerdeña, por obra de Norax, fundador y epónimo de Nora, contenidas en Pausanias, *Perieg.*, x, 17, 5, y en Solino, iv, 1, derivando de Salustio (cfr. *Sall. fr.*, II, 4, 5), y sobre los mercenarios ibéricos de origen balear, también en Pausanias, x, 17, 19. Otras noticias en *Scholia Dion Per.*, 458, y Jeron., *Allerc. luc. orth.*, 2.

4) Los *datos epigráficos*, representados por una posible interpretación de la inscripción fenicia de Nora *CIS*, I, 144, y por la inscripción ibérica de Cagliari, *Ephem. Epigr.*, VIII, 1899, pág. 513.

Ante todo hay que advertir que, especialmente en lo que concierne a la arqueología, se deben limitar las comparaciones a los datos realmente concretos y que prueban la posibilidad de contactos directos entre las dos áreas, excluyendo la consideración de los fenómenos comunes a ciclos culturales mediterráneos y europeos más amplios.

En general, los argumentos tendrán tanto más valor en cuanto las afinidades sardo-ibéricas se consigan por la manifestación de fenómenos diversos, o mejor antitéticos, en otras áreas vecinas : este es el caso de las voces del substrato lingüístico prelatino de Cerdeña que, mientras presenta marcadas semejanzas con el mundo ibérico, se diferencia con toda claridad de los tipos dominantes en los substratos de la península itálica.

6. En nuestra obra (*La Sard(egna) Nur(hagica)*), Roma, 1950, ya hicimos algunas consideraciones a los datos expuestos en el presente artículo y a las consecuencias que pueden deducirse.

Añádase que la fuerza demostrativa se acrecienta al confluír los datos de fuentes diversas, cuando una congruencia análoga se halle demostrada paralelamente en otro lugar: como la coincidencia de las tradiciones antiguas en la presencia de Iberos con la aparición del vaso campaniforme, no sólo en Cerdeña, sino también en la Sicilia occidental.⁷

Considerados en conjunto, los datos arqueológicos, lingüísticos, literarios y epigráficos enunciados concuerdan sin duda — como han reconocido los investigadores que los han examinado — en afirmar no sólo en sentido absoluto la existencia de fuertes relaciones prehistóricas y protohistóricas entre Cerdeña y el mundo ibérico, sino también en documentar que estas relaciones fueron más íntimas de cuanto a primera vista pudiera creerse por la posición geográfica de la isla : lo cual, desde el punto de vista histórico, tiene un valor más que significativo.

De todos modos, es cierto que Cerdeña ofrece más fácil desembarco en las costas meridionales y occidentales, y que ello puede justificar una orientación de sus contactos marítimos hacia los países de Occidente (de lo cual tenemos manifestaciones históricas bien claras en el medievo y en la Edad Moderna); pero no es menos cierto que la isla está más cercana a Africa, a Sicilia y a la península italiana, y ligada a esta última, a través de Córcega, por una cadena ininterrumpida de tierras, condición importante en los tiempos en que la navegación era todavía de cabotaje.

Sin embargo, las relaciones con Italia, desde el punto de vista arqueológico y lingüístico, no parecen durante la prehistoria y la protohistoria tan patentes e intensas como las que se entreen con las Baleares y la Península Ibérica.

Este hecho exige una explicación. Y es preciso ahora que de una constatación general acerca de las conexiones sardoibéricas, que es una cosa ya clara, se pase a precisar más y a profundizar indagaciones críticas, para esclarecer los dos puntos siguientes: 1.º, la posición cronológica real y la consistencia y desarrollo de los mismos contactos, y 2.º, su naturaleza y su alcance histórico.

* * *

A base de las fuentes literarias, y en particular del texto de Pausanias, García y Bellido ha intentado definir y ordenar las correlaciones sardoibéricas, distinguiendo dos fases : una prehistórica, escondida en la legendaria colonización de Norax y atestiguada arqueológicamente por las influencias ibéricas en la isla, en el ámbito de la cultura tardo-neolítica de Anghelu Ruju, y, un poco más tarde, por la afinidad monumental entre Cerdeña y las Baleares; una segunda fase, de época histórica, representada por la presencia de mercenarios ibéricos en la isla, en la época de su conquista por parte de Cartago (siglo IV a. J. C.), de la cual se halla noticia en Pausanias a propósito del origen del pueblo de los Βζλαροί (nombre muy parecido al de los habitantes de las Baleares : Βζλιαρεις y confirmación arqueológica en las inscripciones ibéricas de Cerdeña, y acaso también en la semejanza entre los broncees sardos e ibéricos.

Esta clasificación puede valer, en efecto, desde un punto de vista práctico, como

7. DEL CASTILLO, op. cit., en págs. 673 ss. — Cfr. PACE, B., *Arte e civiltà della Sicilia Antica*, I, 1935 págs. 97 ss. — PALLOTTINO, M., en *Guida allo studio della civiltà romana*, I, 1947, págs. 83 ss.

primera base para distinguir los contactos e interferencias prehistóricos y protohistóricos de los hechos, históricamente mejor controlables, consecuentes al hecho decisivo de la conquista de la isla por los cartagineses. Pero en cuanto hace referencia a la prehistoria y protohistoria, el problema queda substancialmente en pie.

La antigüedad y profundidad de las relaciones entre la isla y el mundo ibérico en general, antes que de los datos arqueológicos, surge, no inequívocamente — como nosotros creemos — de los datos de carácter lingüístico.

Esta clase de comparaciones está aún muy lejos de ser explorada; y, no obstante, los resultados⁸ son suficientes para aceptar : *a*) la existencia en Cerdeña de un substrato lingüístico prelatino (y prepúnico) relativamente unitario, atestiguado en especial por la toponimia, y que puede seguramente referirse a los habitantes indígenas de la isla; *b*) que este substrato pertenece substancialmente a un tipo de lenguaje mediterráneo preindoeuropeo, con sensibles conexiones de carácter general con elementos difundidos en los substratos del Mediterráneo centrooccidental; *c*) marcadas analogías, en la fonética, en la estructura de las palabras y en las raíces, con el substrato ibérico y con el vasco; y *d*) divergencias apreciables con el substrato llamado «tirrénico», difundido en Italia.

Para la discusión y ejemplificación de estos argumentos, véase la bibliografía citada en las notas.

El conjunto de las concordancias toponímicas, onomásticas y lexicales se nos muestra tan rico y específico, que no cabe duda respecto a la pertenencia del tipo lingüístico paleosardo al área mediterránea occidental, de la que muchos fenómenos de la toponimia y etnonimia ibérica, por un lado, y el vasco, por otro lado, representan los testimonios más claros (también se ha discutido su correlación recíproca).

Esta remota área lingüística se diferencia de otros fenómenos que se suelen denominar «mediterráneos», como los propios de los substratos «retotirrénico», egeo y asiático, y pertenece al parecer a una estratificación más antigua,⁹ lo cual se confirmaría por su localización geográfica marginal. La insularidad de Cerdeña y el carácter apartado y montañoso de los países pirenaicos justificarían su supervivencia hasta los tiempos históricos, frente a la difusión y al predominio de otros tipos lingüísticos más recientes.

Planteadas así las cosas, no deberemos hablar de simples contactos, aunque sean remotos, entre gentes ibéricas y sardas, sino mejor de una comunidad étnica originaria que aparece en la primera población de la isla, o cuando menos en el momento del establecimiento efectivo de las gentes que formarán el elemento dominante de su población indígena (hecho que, por falta de documentación anterior, no podemos por ahora retrotraer más allá del Neolítico).

Falta, bien entendido, cualquier argumento eficaz para establecer si estos protosardos de lengua «iberizante» han venido de occidente o de oriente, de las costas ligures o de África.

Permanecen obscuras las múltiples y seguras conexiones lingüísticas sardo-

8. Señaladas por nosotros en *Sard. Nur* cit., en pág. 225. Cfr. la bibliografía que citamos aquí en la nota 3.

9. Cfr. P. KRETSCHMER, en *Glotta*, xxx, 1943, págs. 213 ss. — PALLOTTINO, *L'origine degli Etruschi*, págs. 57 ss., y en *Doxa*, III, 1950, págs. 126 ss. Esta estratificación correspondería, según Patroni (en el Apéndice de *La Preistoria*, 2.^a ed., págs. 15 ss.), al poblamiento pleistocénico de la Europa occidental.

lísticas, puesto que en la Península Ibérica se observan también análogas relaciones con el área africana, y por demás — aun prescindiendo de las referencias de las tradiciones antiguas — existen fuertes razones geonómicas que permitan admitir antiquísimos contactos directos entre las costas septentrionales de Libia y las meridionales de Cerdeña.

El valor de los indicios lingüísticos se nos muestra en todo momento fundamental para la resolución de nuestro problema, ya que encierra una realidad tan íntima y profunda como es el parentesco étnico, y a la vez demuestra los orígenes remotos, sino en todo caso primordiales, de las relaciones entre Cerdeña y el mundo ibérico.

El caso de los indicios arqueológicos es distinto, puesto que su utilización por cuanto hace referencia a los aspectos étnicos y a la ida y venida de gentes, debe ser tomada con muchas precauciones, dada la posibilidad de transferencias culturales a través de coyunturas de tráfico y otros contactos exteriores. Pero la documentación arqueológica tiene especial importancia por el carácter evidente y concreto de los testimonios y por su capacidad para ofrecer una puntualización cronológica relativa y absoluta.

Estamos muy lejos de poder considerar ya trazado el cuadro del neoneolítico sardo y conocido en todas sus manifestaciones; con menos motivo se podrá hablar de una sistematización cronológica y de una interpretación histórica de los múltiples y a veces enigmáticos hechos que en él se conjugan.¹⁰

Faltando datos estratigráficos, es prematuro intentar determinar sucesiones culturales sobre bases tipológicas. Se puede, en cambio, admitir, aunque sea en forma provisional, la existencia de algunos horizontes o al menos orientaciones culturales, que se presentan de hecho en el territorio de la isla con características suficientemente diferenciadas, aunque no sin elementos comunes: fenómenos de los cuales es difícil precisar toda su trascendencia, su extensión territorial y sus conexiones recíprocas.

Aludimos a las cuevas y otras estaciones de la región de Cagliari; a la facies, recientemente descubierta, de Macomer; al grupo cerámico de S. Michele de Ozieri; a la necrópolis de la región de Sassari, en especial Anghelu Ruju; y a las estaciones y sepulcros de Gallura.

Varios motivos que aparecen en el ámbito de estas manifestaciones culturales tienen semejanzas en especial en el área africana, en Malta, en el Mediterráneo oriental y aun en las regiones danubianas, y en cambio ofrecen en todo caso sólo concordancias genéricas con el mundo ibérico.

Pero en otros casos se puede presumir que las afinidades ya expresadas con el occidente implican contactos directos y adquisiciones reales, inmediatas o mediatas con Iberia.

En el campo de la arquitectura, las construcciones dolménicas normales y casi siempre atípicas, esparcidas por la isla — por demás mal fechadas — no tienen particular interés; pero las cistas con base de túmulo con círculo de piedra, descubiertas por S. Puglisi en el norte de Cerdeña,¹¹ presentan numerosas afinidades con tipos análogos que aparecen en el ámbito del área megalítica catalana, especialmente en la comarca de Solsona.¹²

No obstante, téngase en cuenta que el material que aparece en estos sepulcros se

10. *Sard. Nur.*, págs. 29 ss., y bibliografía en págs. 41 ss.

11. *Bull. Paletn. it.*, 1941-42, págs. 131 ss.

12. DEL CASTILLO, op. cit., págs. 548 ss.

diferencia en muchos aspectos del de las cistas catalanas y de la facies Anghelu Rujú: la pobreza de la cerámica y la ausencia del metal le dan la apariencia — a decir verdad, sólo la apariencia — de un horizonte preeneolítico; faltan indicios de relaciones con el Mediterráneo centrooriental.¹³

En cambio, es conocida por todos la relación de los hallazgos en las tumbas rupestres del noroeste de Cerdeña — nos referimos a Anghelu Rujú — con los del Eneolítico español, en los instrumentos de piedra y de metal, en los ornamentos personales y especialmente en la cerámica caracterizada por la presencia del vaso campaniforme.

La forma y la ornamentación de éste hacen pensar en especial en los tipos hallados en el interior de Cataluña;¹⁴ es decir, en la zona de contacto del área almeriense con la megalítica, y propiamente en los territorios donde se desarrollaron los sepulcros de cista de que hemos hablado a propósito de los megalitos de Gallura.

La decoración del campaniforme, pero con conexiones principalmente con vasos concoides adornados en el interior y el exterior, aparece también en el extremo sur de Cerdeña, en las cuevas de Cagliari, junto con otras manifestaciones que pueden ponerse al lado del área eneolítica almeriense en conjunto. En cambio, en ningún caso, hasta ahora, aparece en Cerdeña una concomitancia entre el vaso campaniforme y los megalitos.

La explicación de estos hechos no es nada simple. No nos permiten pensar en una invasión o en una intensa colonización de la isla, procedente de las costas del noroeste de la Península Ibérica, como un hecho bien determinado que hubiera impuesto en Cerdeña una facies ibérica bien característica.

Los supuestos emigrantes subpirenaicos, llegados a occidente con su aportación cultural durante el «Eneolítico pleno», habrían llevado con ellos no sólo el vaso campaniforme, sino también el megalitismo. No se explicaría de otra forma el parecido genérico del Eneolítico sardo con tipos extendidos por toda el área de la cultura almeriense, con afinidades a veces muy vagas, como en el caso de los «ídolos» de piedra o de la cantidad de cerámica negruzca sin decorar que alcanzan hasta el período del florecimiento de los nuraghes, es decir, tal como creemos, hasta el primer milenio.

Muchas de estas últimas (conchas, copas, vasos, a veces los carenados, con muñones y asitas) tienen paralelos especialmente en el tardo-almeriense o, como suele decirse, preargárico de España, si no verdadero argárico con propiedad, que se especializa con tipos extranjeros en Cerdeña.¹⁵ La relativa autonomía de desarrollo de los horizontes sardos se comprueba también por la gran difusión a la isla de los vasos con trípode (ya presentes en Anghelu Rujú) que España conoce sólo excepcional y pobremente en los Millares.¹⁶

Más que en una influencia expresada en el tiempo y en los lugares de procedencia, habrá que pensar en contactos múltiples con puntos diversos de las costas ibéricas orientales. Sin duda ecos de la cultura almeriense evolucionada del área no megalítica llegaron a Cerdeña, quizá en varias ocasiones, determinando la afinidad de tendencias que no implican dependencia directa, sino mejor paralelismo de desarrollo, en cuyo ámbito tiene una gran importancia la disposición de la isla para la aceptación de estímulos orientales

13. Cfr. LILLIU, en *Studi Sardi*, VIII, 1948 (1949), págs. 33 ss.

14. DEL CASTILLO, op. cit., págs. 647 ss., fig. 528, y págs. 668 ss.

15. Cfr. DEL CASTILLO, op. cit., págs. 668 ss.

16. DEL CASTILLO, op. cit., pág. 670.

(véase el caso de los «ídolos» sardos que indudablemente presentan un mayor parentesco con los prototipos egeos);¹⁷ sin excluir por ello la posibilidad de influencias extrañas comunes, que actuarían en las costas de Cerdeña y en las del Levante español.

Es cierto que la introducción del vaso campaniforme se considera como un hecho cultural más preciso, y razones de concordancia tipológica harían considerar el litoral catalán como punto de origen. Pero siempre queda la dificultad de su no asociación en Cerdeña con los sepulcros de tipo megalítico. De tal manera debería considerarse también la posibilidad de una exportación del característico tipo cerámico de alguna zona almeriense extramegalítica, como, por ejemplo, Castellón, que en el pequeño sepulcro de Villa Filomena parece presentar algunas otras afinidades con manifestaciones de Cerdeña.¹⁸ En último lugar existe una conexión distinta entre Cataluña y Cerdeña que hace referencia a las tumbas de cista, conexión probablemente más segura cuanto más arcaica y acaso indirecta (por medio de Córcega).¹⁹

El orden de los fenómenos citados pertenece a un ciclo cronológico que desde el Eneolítico pleno se desarrolla hasta el Tardoneolítico, denominado por los paleontólogos españoles «Preargárico».

Este último horizonte ha tenido acaso en Cerdeña una mayor duración que en la Península Ibérica, donde lo vemos substituído por la cultura de El Argar, desconocida totalmente en la isla. Efectivamente, faltan hasta ahora, entre los hallazgos sardos, los indicios de una fase característica que se interponga entre el Eneolítico retardado y la cultura nurághica propia y verdadera.²⁰

Por ello se podría pensar en una progresiva disminución y acaso en una ruptura de los contactos con las costas levantinas y catalanas.

En cuanto se refiere a la cronología absoluta, estamos dispuestos a admitir el florecimiento de las relaciones sardoibéricas en la primera mitad del segundo milenio,²¹ y su gradual desaparición en el curso de los siglos sucesivos hasta los comienzos del primer milenio.

La Edad del Bronce final (relativa en Occidente) representa el problema de las correlaciones de Cerdeña con Iberia, en una perspectiva totalmente distinta.

El depósito de bronce de Sa Idda,²² con sus bellas y típicas hachas de aletas y talón y cañón de dos asas, y con sus espadas de «lengua de carpa», patentizan un parentesco íntimo e inconfundible con los horizontes del llamado «Bronce atlántico», de la Península Ibérica (Bronce III y Bronce IV).²³

Evidentemente, las vías del tráfico marítimo se han desplazado hacia el Sur — según confirmaría el cuadrilátero de las concordancias de Huelva con las Baleares, con Cerdeña y con Sicilia²⁴ —, siguiendo la amplia y riquísima trayectoria del comercio atlántico.

17. LILLIU, en *Studi Sardi*, VIII, 1948 (1949), págs. 33 ss.

18. DEL CASTILLO, op. cit., pág. 638, fig. 518. Obsérvense los numerosos fragmentos con decoración de haces curvilíneos y el motivo de ramito, que tendrá un desarrollo particular en la cerámica nurághica de Cerdeña.

19. LILLIU, en *Studi Sardi*, VIII, 1948 (1949), pág. 36.

20. *Sard. Nur.*, págs. 33 ss.

21. En concomitancia con el período al que probablemente podría asignarse la fase de Anghelu Rujú. Para una cronología algo más baja que la de DEL CASTILLO, op. cit., pág. 672, cfr. *Sard. Nur.*, pág. 33.

22. TARAMELLI, en *Not. Scavi*, 1915, págs. 89 ss., y *Il ripostiglio dei bronzi nuragici di Monte sa Idda, Monum. Antichi. dei Lincei.*, XXVII, 1921).

23. MACWHITE, op. cit., págs. 68 ss., y 88 ss.

24. BOSCH GIMPERA, en *Convegno Archeol. in Sardegna*, 1929, en pág. 90, ss. — MACWHITE, op. cit., págs. 83 ss.

Pero en este momento nos hallamos ya en el pleno de la fase cultural que suele denominarse «nurághica», en que Cerdeña alcanza una propia originalidad creadora en la arquitectura y en el trabajo del bronce.

Contrariamente a las viejas hipótesis que adscribían estas manifestaciones al segundo milenio, en concomitancia con la civilización cretomicénica, nosotros creemos que los indicios que poseemos demuestran que el apogeo de la cultura nurághica coincide cronológicamente con el período del Hierro de la península italiana y con la época de las colonizaciones fenicia y griega en el Occidente, entre los siglos VIII y VI a. J. C.²⁵ La datación del depósito de Sa Idda, en el siglo VIII, está confirmada con certeza por la cronología, ahora acertada, de los paralelos ibéricos.²⁶

En esta fase histórica, es decir, en los primeros siglos del primer milenio, y seguramente no antes, se encuadra también el problema de las correlaciones de Cerdeña con las Baleares. Este problema ha dado lugar, como se sabe, a discusiones e hipótesis diversas, respecto al origen de los elementos comunes, la naturaleza e intensidad de las relaciones y su cronología.²⁷

De hecho, como observa con razón García y Bellido,²⁸ el único punto de contacto concreto y patente entre el mundo balárico y Cerdeña se halla en la apariencia y en la exterior concepción arquitectónica de las torres troncocónicas edificadas con grandes bloques de piedra, que en las Baleares toman el nombre de talayots y en Cerdeña el de nuraghes.

Pero la estructura interna de los nuraghes difiere de la de los talayots por el uso general de la pseudocúpula, destinada a cubrir espacios abovedados también de notables proporciones, en el centro de las construcciones y frecuentemente superpuestos en varios planos; cosa que no ocurre en los talayots más que excepcionalmente y en forma técnicamente embrionaria o degenerada,²⁹ predominando en ellos la cubierta formada por losas de piedra. Por lo demás, la exuberante y variada arquitectura megalítica de las Baleares no tiene otra directa relación con la arquitectura nurághica, en la que no aparecen los tipos de sepulcro «de nave», ni los edificios y cuevas hipóstilas, los santuarios con taulas y en general las habitaciones de planta regularmente cuadrangular, construídas con grandes losas de piedra, que constituyen los elementos más característicos de los poblados baleares.

Esto, sin embargo, no excluye el que, acaso en distinta medida, se use la misma técnica constructiva, de mayor difusión mediterránea (especialmente en Malta), ni la aparición de análogas soluciones formales en la planimetría de los edificios, como es, por ejemplo, la concavidad en las fachadas de las navetas, que entra en el mismo orden de fenómenos a los que pertenecen las «exedra» de las «tumbas de gigante», pero que también se encuentran, y en gran manera, distribuídos por un área geográfica muy amplia.³⁰

25. *Sard. Nur.*, págs. 33, 36 ss.

26. ALMAGRO, en *Ampurias*, II, 1940, págs. 85 ss. — MACWHITE, op. cit., pág. 97.

27. Bibliogr. en GARCÍA Y BELLIDO, art. cit., págs. 239 ss. — MALUQUER, op. cit., págs. 745, ss.

28. Art. cit., pág. 239.

29. MALUQUER, op. cit., págs. 731, 736 ss.

30. Las fachadas de exedra, que aparecen también en monumentos no sepulcrales de la propia Cerdeña (templos de pozo), y finalmente en los grandes monumentos, llamados «templos», de Malta, caracterizan algunos tipos de sepulcros rupestres y megalíticos de Sicilia, de la Península Ibérica, del sur de Francia (cfr. PANNONX, P.; ARNAL, J., en *Atti del I Congresso Intern. di Preist. e Protost. Medit.*, Firenze, 1952, págs. 167 ss.) y de las Islas Británicas (cfr. GORDON CHILDE, op. cit., pág. 242).

Así, pues, no parecería oportuno insistir, en vistas a revisiones críticas de las primeras impresiones y apariencias, respecto a una congruencia específica de los hechos arquitectónicos baleares y sardos, si la comparación no estuviera justificada y requerida por el hecho innegable y fundamental de un paralelo florecimiento de construcciones suntuosas, en ambientes insulares bañados por el mismo mar, y en evidente contraste con la relativa pobreza de manifestaciones arquitectónicas comparables en las regiones continentales vecinas.

Evidentemente, hay una serie de razones, que en gran parte se nos esconden, en la base de estos fenómenos análogos, que se patentizan en una intensa actividad constructiva de habitaciones fortificadas, de obras defensivas, de santuarios y de sepulcros megalíticos.

Parece fuera de duda que el paralelismo sea también cronológico, cuando menos en sentido amplio. Nosotros creemos que la fecha de estos hechos debe colocarse preferentemente en los primeros siglos del primer milenio, mejor que en los últimos del segundo,³¹ puesto que hoy día se tiende a rebajar las fechas del Bronce IV al cual hace referencia el florecimiento de la cultura talayótica y a rebajar también las fechas del hierro italiano sincrónico del apogeo nurághico de Cerdeña.

Otra cuestión es la del origen y consistencia de las relaciones entre los dos mundos insulares, que en una fase anterior — la de la cultura argárica de las Baleares —³² no eran, según cuanto sabemos, muy marcadas.

Podrían hacerse, y se han hecho, muchas suposiciones: la hipótesis de una influencia externa común, por ejemplo, africana;³³ la de una superioridad cultural, quizá por obra de una conquista, de Cerdeña sobre las Baleares;³⁴ la opuesta de una influencia baleárica sobre Cerdeña, justificada por la presencia en esta última isla de una población llamada Balari,³⁵ y en fin, la de una manifestación en forma análoga, durante contingencias análogas, de pueblos de origen remoto común.

Una investigación científica de la toponimia en las islas Baleares podría avalorar los datos, hasta ahora escasos, en favor de la hipótesis de una comunidad primordial étnico-lingüística con Cerdeña, como se ha supuesto para el mundo ibérico en general.³⁶

No obstante, es evidente que la cuestión de las relaciones sardobaleares, desde el punto de vista de la cultura arquitectónica, debe hallar una explicación concreta histórica; y debemos convenir que, durante el período en discusión, debió haber contactos directos y seguramente intensos. Pero nada nos permite hablar de una impronta cultural unitaria, como podría manifestarse en el caso de una recíproca colonización. Creemos que estos contactos fueron pacíficos, por el examen del material mobiliario que demuestra una dife-

31. MARTÍNEZ SANTA OLALLA y MALUQUER se pronunciaron por la cronología alta, en las obras arriba citadas (vid. los argumentos desarrollados a propósito de esto último, en op. cit., págs. 747 ss.).

32. MALUQUER, op. cit., págs. 718 ss.

33. GARCÍA Y BELLIDO, art. cit., págs. 24 ss. Un conocimiento más profundo de los monumentos africanos, confrontados con los de Baleares y de Cerdeña, confirma su fechación extremadamente baja y excluye conexiones directas. Cfr., acerca de ello, M. REYGASSE, *Monuments funéraires préislamiques de l'Afrique du Nord*, 1950, con apreciaciones particulares a este propósito en págs. 8 y 118.

34. MARTÍNEZ SANTA OLALLA, op. cit., págs. 63 ss.

35. Cfr. GARCÍA Y BELLIDO, art. cit., págs. 248 ss.

36. Para los datos toponímicos y onomásticos conocidos hasta ahora, vid. GARCÍA Y BELLIDO, art. cit., págs. 229 ss. (en particular el nombre *Nura* de la isla de Menorca, en el *Itin. Ant.*, 512) y 248 ss.

rencia substancial de la cultura material y decorativa de las Baleares (orientada hacia influencias continentales nórdicooccidentales³⁷ y extrañas por completo al ciclo característico de los bronceos figurados nurághicos) respecto a Cerdeña; si bien algunos motivos ornamentales afines, como las líneas de ángulos paralelos, de círculos, de ramitos, aparecen en bronceos y en cerámica baleares y sardos.

Por otra parte, si tenemos en cuenta las indicaciones de la cronología, el problema de las relaciones entre la cultura nurághica y la talayótica, conduce casi insensiblemente al planteo de otro problema : el de las relaciones sardoibéricas en el marco de la colonización fenicia.

Como se comprenderá, renunciamos a discutir las cuestiones inherentes a la antigüedad de las navegaciones fenicias y a la fundación de las primeras colonias cananeas de Africa y en España.³⁸ Bastará tener en cuenta lo que la documentación arqueológica deja entrever respecto al establecimiento de emporios fenicios en las costas africanas, ibéricas y en las islas (Sicilia, Cerdeña, Ibiza), al menos desde el siglo VIII al VII.

Contrariamente a cuanto creían los mantenedores de la cronología alta, la relativa contemporaneidad del movimiento de navegantes y colonos de Oriente con el florecimiento de las culturas indígenas insulares podría ponerse de manifiesto por algunos hechos significativos de distribución topográfica de los monumentos arquitectónicos, como sería la concentración de los nuraghes sardos en torno a los grandes puertos fenicios, por ejemplo, Nora.³⁹

Esto representa, probablemente, pacíficas convivencias iniciales entre los comerciantes extranjeros y los habitantes de la isla : relación destinada a variar por complejas razones históricas, con la política de exclusivismo y de conquista adoptada por los cartagineses a partir del siglo VI.⁴⁰

En las Baleares, menos apetecibles bajo el aspecto de las materias primas minerales y menos expuestas al peligro de la competencia griega, la actividad feniciopúnica aparece más tardía y mitigada, con una directa colonización de la occidental Ibiza y un tranquilo y largo desarrollo y especialización de las formas de vida y de cultura local en las otras islas, especialmente en la más oriental, Menorca.

En el estado de los conocimientos arqueológicos actuales es difícil establecer hasta qué punto y en qué modo el sistema de navegación comercial fenicio y el inicial control político cartaginés, en época arcaica, han favorecido y avivado las relaciones entre Cerdeña y las Baleares o, en general, con el mundo ibérico. Pero no se puede menospreciar la importancia de un intenso movimiento de cambios marítimos efectuados por infatigables mercaderes, extraños a las fuerzas conservadoras de las tradiciones locales particulares.

En este sentido parece lógica la hipótesis de que la leyenda de la colonización ibérica de Norax, reflejada también en la memoria de antiquísimas relaciones directas entre Cerdeña e Iberia,⁴¹ representa ante todo una hipótesis mítica de la frecuentación de

37. MALUQUER, op. cit., págs. 747 ss.

38. Cfr. la discusión de este problema en GARCÍA Y BELLIDO, *Fenicios y Carthaginenses en Occidente*, 1942, y MAZZARINO, S., *Fra oriente e occidente. Ricerche di storia greca arcaica*, 1947, págs. 256 ss. y 317 ss., con referencias a la bibliografía anterior.

39. *Convegno Archeol. in Sardegna*, 1929, pág. 32, fig. 39; cfr. *Sard. Nur.*, pág. 37 ss.

40. *Sard. Nur.*, pág. 40 ss.

41. Según la hipótesis de GARCÍA Y BELLIDO, art. cit., págs. 227 ss.

las costas sardas por parte de navegantes procedentes de España meridional en el período inicial del comercio y de la colonización fenicia.⁴²

Norax no es otra cosa en realidad que el epónimo de Nora;⁴³ y ésta bien puede considerarse «la primera ciudad de que se tiene memoria en la isla», como dice Pausanias; pero, a pesar del nombre indígena, es una ciudad de exclusiva y segura fundación fenicia.⁴⁴ Añádase que Solino hace venir a Norax «ab usque Tartesso Hispaniae», es decir, de una localidad que gravita en el sistema de las colonizaciones fenicias más antiguas en occidente. Habría una ulterior, aunque no necesaria, confirmación a este cúmulo de consideraciones, en la lectura del nombre de Tartessos (*trss*) en la inscripción fenicia de Nora C. I. S., I, 144, donde se alude con certeza a Cerdeña (*srdn*): inscripción que, aun no saliendo de la fecha del siglo X o IX, propuesta por algunos semitistas, pertenece, sea como sea, a una época muy arcaica y seguramente no muy lejana al establecimiento inicial de la colonia.⁴⁵

La posibilidad de que elementos indígenas, tartésicos, baleares y sardos hayan participado en los movimientos de cambio a lo largo de la red de los emporios fenicios del Mediterráneo occidental, se hace más concreta y documentable a partir del momento en que el sistema entero fenicio comienza a subordinarse a la supremacía de los cartagineses.

Mientras que por un lado las nuevas exigencias históricas parecen favorecer, junto a la actividad comercial, una preocupación más marcada de índole políticomilitar, determinando nuevas formas de distanciamiento y de aislamiento de las poblaciones indígenas,⁴⁶ por otro, las exigencias militares del imperio cartaginés provocan el fenómeno característico del reclutamiento de mercenarios en gran escala cerca de los habitantes no sólo de las tierras africanas y de la Península Ibérica, sino también de las islas.

Referente a esta recluta de mercenarios *domi forisque*, especialmente en la guerra contra los griegos (y al final contra los romanos), poseemos una serie interesante de testimonios en las fuentes históricas.

Ello fué, sin duda, ocasión de renovados y más intensos contactos de gente entre los países sometidos al control púnico; y en Cerdeña la presencia efectiva de mercenarios ibéricos nos viene dada por las noticias de Pausanias sobre el origen de los Balari y de la inscripción ibérica de Cagliari, que estudiamos en el apéndice.

En cambio, faltan hasta ahora pruebas ciertas de intercambio de útiles; mientras que algunas afinidades notables entre los pequeños bronceos figurados ibéricos y los característicos broncitos sardos pueden referirse más que a influencias directas, con preferencia a algunas inspiraciones antiquísimas comunes de la plástica oriental o protohelénica, que

42. Cfr. MAZZARINO, op. cit., págs. 317 ss.

43. El nombre *nora-k* es seguramente un simple étnico derivado de *nora-*, con una formación denominativa en *-(a)k* muy difundida (en lenguas indoeuropeas y extraindoeuropeas del mundo circummediterráneo) y con análogo uso específico en casos como: vasco *Erroma-ko*, etr. *Ruma-ch*, albanés *Roma-k*, griego *Ῥωμαίος*. Cfr. *Studi Etruschi*, XIV, 1940, págs. 210 ss. Para una posible conexión de los tipos *Norax*, *nuraghe* con el nombre *Noricum*, véase también: KRETSCHMER, P., en *Glotta*, XXXII, 1952, pág. 1 ss.

44. PATRONI, *Nora, colonia fenicia in Sardegna* (*Monum. Antichi dei Lincei* XIV, 1904).

45. Para las hipótesis más recientes respecto al contenido y la época de la inscripción de Nora, cfr. W. F. ALBRIGHT, *New Light of the Early History of Phoenician Colonisation*, en *Bull. of the Amer. School of Oriental Research*, 83, octubre 1941, págs. 14 ss. — MAZZARINO, op. cit., pág. 318. — LILLIU, en *Studi Sardi*, VIII, págs. 438 ss.

46. *Sard. Nur.*, págs. 40 ss.

actuaban en el Mediterráneo occidental hasta los tiempos clásicos y helenísticos, o a soluciones primitivas más amplias extrañas a una verdadera y propia transmisión cultural de fórmulas estilísticas.⁴⁷

* * *

Esbozado así el problema de la sucesión cronológica y de la entidad de las correlaciones sardoibéricas en época prerromana, podemos buscar, si es posible, una interpretación histórica que no desestime los hechos pero que tampoco rebase el cuadro general de las vicisitudes étnicas y culturales mediterráneas en los períodos considerados.

La solución preferida por los paleontólogos, cuando se hallan frente a influencias y a transmisiones de culturas, es la de las «invasiones» o de las emigraciones de los pueblos.

Hoy, a decir verdad, hay una tendencia a resistirse a esta solución, por varias razones, y especialmente por el deseo de concretar históricamente conceptos de por sí tan convencionales y tan vagos, habida cuenta de las posibles analogías con acontecimientos controlables a la luz de las tradiciones escritas.⁴⁸ En el caso particular de las relaciones entre Cerdeña y el mundo ibérico, se ha hablado de la venida de gentes hispánicas a la isla durante los tiempos prehistóricos, de la cual se tendría un eco en la leyenda de Norax;⁴⁹ de emigraciones de Africa hacia Cerdeña y las Baleares⁵⁰; de una «oleada» étnica de Cerdeña a las Baleares.⁵¹

Pero las fuentes literarias, a las cuales se imputa en último análisis, especialmente la interpretación emigratoria, no lo prueban en modo alguno.

Hasta que se trata de hechos históricos, como la invasión cartaginesa de la isla, descrita de una manera clara, ambientada y especificada por el tratado *De mirabilibus auscultationibus*, por Diodoro Sículo (iv, 29; 5, 15), por Estrabón (v, 2, 7-C. 224-5), por Pausanias (x, 17, 9), etc., o por la presencia de mercenarios ibéricos y líbicos en Cerdeña, el testimonio de las tradiciones nos parece inaceptable.

Efectivamente, sabemos que la isla, ya colonizada en sus costas por los fenicios, fué ocupada en gran parte militarmente por los cartagineses entre el siglo vi y el v a. J. C. La arqueología y la epigrafía (inscripciones feniciopúnicas, inscripción ibérica de Cagliari, inscripciones latinas con nombres punicolíbicos) confirman ampliamente la presencia de colonos y dominadores semitas en Cerdeña, así como de elementos militares hispánicos y africanos a su servicio en la segunda mitad del primer milenio a. J. C. Roma los encontró, los combatió y los sometió: ellos permanecieron probablemente como parte de la población de la isla bajo el dominio romano.⁵²

Si, no obstante, queremos utilizar la tradición literaria para poner en evidencia los hechos más antiguos, nos hallamos enfrente el obstáculo inabordable de los orígenes eruditos y mitográficos de las mismas tradiciones que hablan de colonizaciones líbicas, ibéricas,

47. Cfr. *Sard. Nur.*, págs. 59 ss.

48. Vid., entre otros, PATRONI, en la introducción a *La preistoria*, 2.^a edic., 1950.

49. GARCÍA Y BELLIDO, art. cit., págs. 227 ss. — DEL CASTILLO, op. cit., pág. 672.

50. BOSCH GIMPERA, *Etnol.* cit. pág. 240. — GARCÍA Y BELLIDO, art. cit., pág. 240. — Esta opinión es por demás la que siguen los paleontólogos e historiadores.

51. MARTÍNEZ SANTA OLALLA, op. cit., pág. 65.

52. BELLINI, C., *La Sardegna e i Sardi nella civiltà del mondo antico*, I, Cagliari, 1928, pág. 41 ss.

tirrenicas, griegas y troyanas, a cuya certeza histórica no se puede dar fe más que en una mínima parte.

En realidad, las leyendas de la época áurea de la isla, bajo los fabulosos dominios de los héroes Aristeo e Iolao, mencionados y descritos por los autores citados, se elaboraron manifiestamente en ambiente griego, acaso como recuerdo de la esplendorosa cultura nurághica indígena, pero con la clara intención de proclamar una prioridad ficticia helénica en la isla discutida durante algún tiempo por los griegos al predominio feniciopúnico.⁵³

Igualmente las leyendas relativas a la colonización líbica de Sardo e ibérica de Norax pertenecen a una fase erudita e interesada, ciertamente posterior al desembarco de los fenicios en Cerdeña, y probablemente surgieron en los ambientes sardopúnicos del santuario de Sardus Pater y de Nora.⁵⁴

Con ello no queremos excluir decididamente la posibilidad de que en la formación de tales leyendas haya contribuido en parte el eco de antiquísimas relaciones entre Cerdeña y Africa y España. Pero no debemos considerarlas como testimonios válidos en favor de supuestas inmigraciones y colonizaciones prehistóricas, y menos atribuirles a hechos determinados y concretos en un período de tiempo antes que a otro.

Tampoco los datos lingüísticos y arqueológicos confrontados con la tradición literaria o entre ellos, prueban considerables cambios de población o conquistas político-comerciales de España a Cerdeña, de Africa a Cerdeña y a las Baleares, o de Cerdeña a las Baleares, en una fase prehistórica correspondiente al Eneolítico tardío o a la Edad del Bronce.

Ya se ha dicho que los hechos de orden lingüístico hacen pensar en una antiquísima población común de las islas del Mediterráneo occidental y de la Península Ibérica, acaso también en primordiales relaciones entre Cerdeña y Africa, de las que se tendrían indicios en una cierta interpretación de los datos antropológicos;⁵⁵ pero el establecimiento de gentes paleomediterráneas en Cerdeña y en las Baleares se efectuó en un período cuyos acontecimientos no quedan reflejados en las fuentes históricas.

Por otra parte el afirmamiento de un tipo lingüístico tan amplio, compacto y profundo como el dominante en la Cerdeña prepúnica y prerromana difícilmente podrá atribuirse a una invasión desde Iberia de los supuestos «portadores del vaso campaniforme», cuyos testimonios en las costas orientales y meridionales de la isla aparecen muy limitados y genéricos, incapaces de representar una corriente emigratoria unitaria y definida en el tiempo y en el lugar de procedencia, como anteriormente se manifestó. Una colonización de poblamiento se patentizaría con otros hechos muy distintos (como, por ejemplo, la unitaria y claramente exótica de la posterior civilización feniciopúnica).

Por tanto, nosotros creemos que el planteamiento del problema debe cambiarse en el sentido de que no se atribuya el iberismo lingüístico de Cerdeña a una circunstancial emigración desde las costas levantinas y catalanas de España en el Eneolítico tardío, reflejada en la cultura de Anghelu Ruju, sino que los contactos sardoibéricos de la Edad Neolítica y del Bronce hallarían una justificación más de acomodo en el marco de los orígenes comunes y parentescos étnicos que los restos lingüísticos dejan entrever.

Finalmente, nosotros creemos que Cerdeña pueda representar una «provincia» cultu-

53. Cfr. *Sard. Nur.*, págs. 13 ss.

54. Cfr. C. ALBIZZATI, en *Convegno Archeol. in Sardegna*, págs. 87 ss.

55. Cfr. *Sard. Nur.*, págs. 21 ss.

ral de una amplia unidad protomediterránea occidental, de la que formarían parte la Iberia oriental, las Islas Baleares y la misma Sicilia occidental (puesto que la tradición habla de gentes ibéricas establecidas en ella) y que sobre la base de esta unidad de población originaria pudieron determinarse incesantes cambios recíprocos de bienes comerciables, a lo largo de determinadas rutas marítimas; sin excluir la posibilidad de transferencias y establecimientos de gentes y pequeños grupos de un país a otro (no en forma de verdaderas y propias emigraciones, cuya causa de desplazamiento sería oscura e indemostrable).

Durante un cierto tiempo, a lo largo de esta red de tráfico insular se difundió también la «moda» del vaso campaniforme, probable creación ibérica difundida ampliamente por la misma época a través de la Europa continental.

Pero los contactos entre los países protomediterráneos occidentales — si bien son particularmente intensos y constantes gracias a la relativa contigüidad geográfica, a las corrientes marinas, a las tradiciones afines, a la posibilidad de comprensión recíproca y al probable establecimiento de un complementarismo económico —, no deben considerarse como interferencias exclusivas y cerradas. Debía existir relación comercial con Africa y con el Oriente mediterráneo, y en menor grado con el arco continental europeo y la península italiana. Sicilia representa en cierto sentido la clave entre las dos áreas comerciales y culturales del Mediterráneo: la occidental «ibérica» y la oriental egeoasiática.⁵⁶ Pero también Cerdeña muestra claros signos de influencia oriental si bien más fragmentarios y difusos.

Esta visión, necesariamente genérica y aproximada, de la convivencia de los pueblos prehistóricos del Mediterráneo occidental, que quisiéramos indicar, para entendernos, con el nombre lato y convencional de «Protoibéricos»,⁵⁷ está de acuerdo, mejor que cualquier otra explicación, con la variedad y complejidad de los hechos arqueológicos: la correspondencia de la *facies* sarda con los elementos culturales de diversas regiones de España, la mezcla de afinidades específicas, (como el vaso campaniforme) con afinidades genéricas (como los «idolillos») y la interferencia de influjos orientales contradicciones e innovaciones occidentales.

El sistema de contactos y de cambios, esbozado así, debió florecer principalmente en la primera mitad del II milenio, con una corriente encauzada sobre todo a lo largo del eje Cataluña - sudoeste de Cerdeña - oeste de Sicilia. Después el impulso unitario del occidente mediterráneo parece pararse y regresar. Predomina casi por todas partes la cerámica bucheroides sin adornar, pero los distintos países elaboran una facies propia de cultura algo empobrecida y relativamente aislada: la variedad argárica no rebasa las Baleares hacia oriente. Evidentemente, la navegación local debió haber experimentado una gran detención; no puede excluirse que el florecimiento de la talasocracia egea (de la que se aprecian reflejos fortísimos en Sicilia y algunos de rechazo en Cerdeña, con los

56. Vid. L. BERNABO BREA, *The Prehistoric Culture Sequence in Sicily*, en *The Annual Report of the Institute of Archeology*, 1951, págs. 13-29.

57. En el mismo sentido con que ahora los lingüistas de Italia suelen llamar «protolatinos» (término creado por G. Devoto) a las diversas gentes que en época prehistórica formaron una unidad lingüística extendida por toda la costa tirrénica de la península italiana desde el Lacio a Sicilia, de los que no son sino parte los latinos históricos. Bien entendido, la denominación de «protoibéricos» abarcaría una mayor extensión geográfica y, dentro de su convencionalismo, no implicaría en modo alguno un juicio a priori, respecto a la lengua y estirpe de los iberos históricos, habitantes del Levante español.

panes de cobre de Serra Ilixi y acaso el mismo afinamiento de la técnica constructiva nurághica) haya favorecido la decadencia de la unidad étnica, cultural y económica «protoibérica.»

Si los *Sherdani* de los monumentos orientales⁵⁸ fueran efectivamente núcleos de mercenarios sardos a sueldo de los enemigos de Egipto o de la propia monarquía egipcia, tendríamos un argumento para apoyar la idea de que los intereses económicos y el desarrollo de una eventual exuberancia demográfica de la isla tendían a gravitar, en los últimos siglos del II milenio a. J. C., en gran manera hacia el Mediterráneo oriental.

En esta fase de relativo repliegamiento en sí mismo del pueblo sardo y de substanciales renovaciones de las relaciones mediterráneas, se coloca con seguridad el madurar de la cultura nurághica en sus aspectos más originales. Pero los progresos generales de la metalurgia al final de la que aun denominamos Edad del Bronce (aunque su desarrollo no sea sincrónico y uniforme en las diversas áreas geográficas), y el consiguiente «hambre de metales» de los pueblos mediterráneos, deben haber señalado Cerdeña como la tierra de otras posibles producciones mineras, a sí misma y a las gentes más evolucionadas de ultramar: principio de riqueza y de florecimiento local, pero a la vez de amenazadores intereses del exterior.

A lo largo de una nueva ruta que corría desde el Atlántico y el sur de España hasta las Baleares, las costas inferiores de Cerdeña y Sicilia, se reanudaron contactos comerciales directos e intensos.

Ignoramos aún si este impulso de intercambios (patentizado en la concordancia Huelva-Sa Idda), que culmina en el siglo VIII, fué fruto de principal actividad de los navegantes indígenas o, como creemos, mucho más cierto, debe considerarse regulado por inteligentes comerciantes orientales, de procedencia siríaca, extendidos por los mares ibéricos a raíz del hundimiento de la talasocracia egea.

Una conquista o una colonización de las Baleares por parte de los sardos, inadmisibles a la luz de los hechos arqueológicos en la fase argárica, no parecería motivada al principio del primer milenio por ningún hecho o acicate de orden históricoeconómico; como no queramos suponer la existencia de una talasocracia sarda tan potente y organizada, capaz de sentir la necesidad de un control de las escalas insulares más próximas en la ruta marítima del estrecho de Gibraltar; lo cual no se explica de ningún modo con los datos que nos quedan de la tradición antigua (que hubiera probablemente recordado esta potencia marítima, atribuyéndola a Aristeo o a Iolao si la hubiera presentado, ni con la colonización fenicia de la isla que debe ser al menos del siglo VIII a. J. C.

Ello no excluye las frecuentaciones recíprocas e intensas, con cambios de personas y de cosas, ni un proceso imitativo de las manifestaciones superiores, y más consistentes, de la cultura nurághica por parte de los indígenas baleáricos. Pero, como se ha visto, el estudio de las mismas formas arquitectónicas denuncia una substancial autonomía de las dos provincias insulares, que elaboraron su cultura en condiciones de substancial paralelismo sobre un antiguo fondo étnico-cultural común, a impulso de un análoga reviviscencia de movimiento marítimo y con notables influencias mutuas.

⁵⁸. VON BISSING, Fr. W., en *Wiener Zeitschr. für die Kunde des Morgenlands*. xxxiv, 1927, págs. 230 ss., y en *Studi Etruschi*, iv, 1930, pág. 69; *Sard. Nur.*, págs. 17 ss.

Una y otra fueron objeto de los intereses feniciopúnicos, que, al menos en principio, debieron presentarse tolerantes con la independencia política y cultural de las poblaciones indígenas y acaso en parte con su participación en el desarrollo de la actividad colonial.

Pero sin duda Cerdeña debió estar más abierta a los contactos con Oriente y, por la riqueza de subsuelo, predestinada a una floración mayor y a la vez a un mayor peligro; mientras que las Baleares perduraron, de un modo más patente, ligadas al círculo de la herencia megalítica occidental y a las influencias del área ibérica peninsular, quedando mucho menos expuestas al control y a la penetración cartaginesa.

Resumiendo las conclusiones trazadas respecto al problema de las relaciones entre Cerdeña y el mundo ibérico en las épocas prehistórica y protohistórica, podemos afirmar que:

1) Debe existir un parentesco originario entre las poblaciones de estas regiones occidentales;

2) Sobre la base de un fondo común, parece que se formó una cierta *koiné* cultural, determinada por activos cambios marítimos y culminada en el eneolítico tardío bajo el influjo esencial de motivos elaborados en la península hispánica y a lo largo del eje Cataluña-Cerdeña-Sicilia;

3) El rompimiento de esta *koiné* hacia la segunda mitad del II milenio coincide con la relación más fuerte hacia oriente y occidente, a lo largo de un nuevo eje, más meridional, Gibraltar-Baleares-Cerdeña-Sicilia; mientras que los fenómenos de colonización desde el oriente tienden a diferenciar posteriormente a Cerdeña del litoral catalán y a acercarla más a las Baleares y al sur de España, dado que estas últimas regiones gravitan todavía en el sistema feniciopúnico, mientras que Cataluña terminará girando en la órbita colonial griega.

4) Podremos suponer difícilmente, y con mayor motivo, cuanto más nos alejamos de los tiempos históricos, fenómenos claros emigratorios desde Iberia a Cerdeña, o viceversa, explicándose las concordancias culturales con bastante mayor motivo por la navegación en función del comercio y eventualmente de la protección de las vías del comercio y con los limitados cambios de personas o familias que acostumbran, a la larga, a acompañar las relaciones de tráfico entre país y país y crean o determinan consanguinidad entre sus habitantes.

El paso de otros modos, de militares, mercenarios, de administradores, de técnicos presupone la existencia de amplios sistemas de control, de organización y de unificación política. Realmente, no podemos excluir de un modo absoluto la posibilidad de que sistemas de este tipo se hayan, por azar o de un modo transitorio, formado en el Mediterráneo occidental antes del desarrollo del imperio cartaginés en el siglo VI a. J. C.⁵⁹ Pero de todos modos es cierto que el período de la gran rivalidad entre cartagineses, griegos y los etruscos, con el consiguiente afirmamiento de los cartagineses en Africa, Sur de España, Baleares, Cerdeña y Sicilia, selló un cambio posterior en el desarrollo de la vecindad y

59. La supuesta actividad de compañías de guerreros sardos en Oriente en la segunda mitad del II milenio, podría ponerse en relación con coaliciones políticomilitares antigipcias, promovidas por potentados libios y egeos durante el pleno florecimiento de la época micénica, mejor que atribuirla a confusas irrupciones y emigraciones bárbaras en el sentido de Fr. SCHASHERMEYER, *Etruskische Frühgeschichte*, 1929, págs. 27 ss. Cfr. la bibliografía citada en la nota precedente y el resumen de PATRONI, *La preistoria*, 2.ª ed., *Appendice*, pág. 44. En tal caso un traspaso de soldados, junto con marinos comerciantes, podría considerarse iniciado aun antes de la época de las colonizaciones.

coordinación entre los países del occidente, favoreciendo contactos entre sus habitantes indígenas, no sólo en el plano de los intercambios comerciales, sino también en el de la recluta de los mercenarios y del establecimiento de guarniciones extranjeras.

La presencia de mercenarios ibéricos en Cerdeña y de mercenarios sardos e ibéricos en Sicilia (de donde podría suponerse la posibilidad de que mercenarios sardos hubiesen operado también en los territorios ibéricos controlados por los cartagineses) no aparece en tiempos plenamente históricos, más que como un desarrollo, quizá con nuevos aspectos, de relaciones tradicionales entre las dos áreas desde la prehistoria.

De los datos arqueológicos y de los documentos históricos, se instruye que en tales relaciones la Península Ibérica pudo haber tenido una cierta preeminencia, y se explica sólo teniendo en cuenta su mayor extensión y su potencialidad demográfica más que por el carácter, por naturaleza receptivo, de las culturas insulares. Las analogías de la Edad Media y de la Edad Moderna, que oportunamente pone de manifiesto García y Bellido,⁶⁰ confirman las razones geonómicas de una relativa subordinación del mundo insular sardo al continental hispánico.

APENDICE

LA INSCRIPCIÓN IBÉRICA DE CAGLIARI

Claramente relacionada con el problema de las relaciones ibéricosardas está la cuestión de las inscripciones ibéricas halladas en Cerdeña, discutida de paso por García y Bellido en el artículo ya citado.⁶¹

En la conferencia de septiembre de 1950, en que tratamos el asunto expuesto en el artículo que precede, tuvimos ocasión de tomar posición respecto a este argumento interesante.

De las inscripciones citadas por García y Bellido excluimos entonces como ibéricas, los signos de los panes de bronce minoico, publicados antes por E. Pais,⁶² y expusimos fundadas dudas sobre el supuesto iberismo de la estela de Nora señalada por Landau.⁶³

Por ello considerábamos que sólo debía tomarse en consideración el cipo de Cagliari (*Ephem. Epigr.*, VIII, 1899, pág. 513) del cual presentamos por primera vez una fotografía y un facsímil correcto. Individualizamos los caracteres e intentamos la lectura, según el sistema hoy acreditado de transcripción de Gómez Moreno,⁶⁴ reconociendo, entre otras, la palabra *seldar* (que aparece en las estelas de Cabanes, de Cretas y de Sinarcas) y la raíz *sor-* muy difundida en la onomástica ibérica (Sorobis, Sorica, Sordi, Sordaones, Sorodus, etc.). No dejamos de expresar alguna dudosa, pero ligera reserva acerca de la posibilidad de que el monumento, de cuyo descubrimiento faltan datos, pudiera haber llegado a

60. Art. cit., pág. 256.

61. Art. cit., págs. 251 ss.

62. *Bulletino Archeol. Sardo*. s. 2, I, pág. 149. Cfr. FIGORINI, L.: en *Bull. Paletn. Italiana*, xxx, 1904, pág. 91, y PUGLIESE CARATELLI, G., en *Mon. Ant. Lincei*, xl, col. 455 ss.

63. En *Mitteilungen der Vorderasiatischen Gesellschaft*, 1900, págs. 3 ss.

64. Cfr. el propio GÓMEZ MORENO, M., *Misceláneas*, I, 1949, pág. 314. n.º 98, su apócrifo inexacto.

Cerdeña ocasionalmente en tiempos posteriores a los de su fabricación o de su uso originario.

Poco después de las noticias que dimos, nuestro colega A. Beltrán ha estudiado brillantemente el cipo inscrito;⁶⁵ por lo cual nos abstenemos de publicar la parte de la conferencia que ilustraba el monumento. Nos limitaremos así a proponer algunas ligeras modificaciones a la lectura de Beltrán, de acuerdo con algunas de nuestras primeras impresiones, que no creemos se hayan superado (vid. el facsímil gráfico que reproducimos en la figura 1).

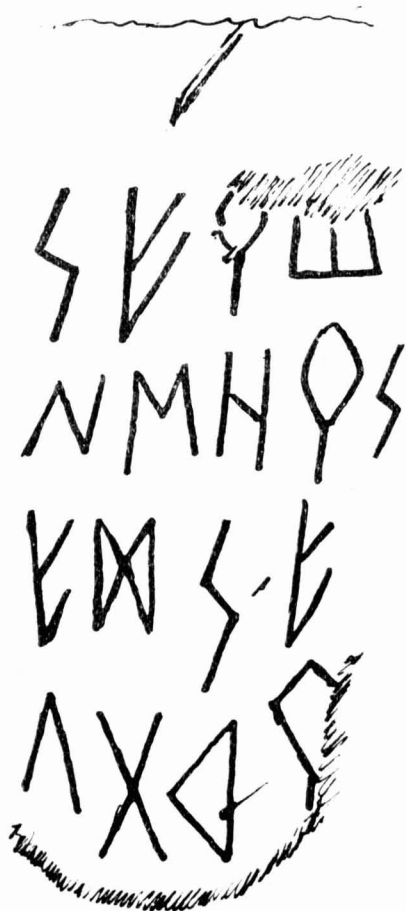


Fig. 1
Inscripción ibérica de Cagliari.

El límite superior del cipo está formado por una circular que, en el estado actual, no permite suponer la existencia de una supuesta línea inscrita; bastante dudosa es también la pertenencia a un signo gráfico de la gran mancha oblicua que aparece en el centro.

La cuarta letra de la línea 1 que queda, puede ser Δ *d/tu*, como prefiere Beltrán; pero también \sqcup *d/to*. Falta totalmente en la parte superior. La línea 2 no ofrece dificultad en su lectura. El segundo signo de la línea 3, que habíamos identificado con \bowtie *g/ho*, ha sido separado por Beltrán en $\blacktriangleright\blacktriangleleft$ y leído *ar*. Es innegable que \bowtie no se halla en las inscripciones ibéricas occidentales, a cuya serie se refiere evidentemente nuestra estela;⁶⁶ pero, no obstante, queda bien seguro el dato de tipo epigráfico de la unidad del signo. De tal forma, que queriendo excluir una anomalía o una influencia aislada de alfabetos-silabarios de otras áreas, no quedaría más que la hipótesis de un nexo: hipótesis que, a decir verdad, nos deja perplejos, dado el carácter de la inscripción lapidaria con sus letras bien individualizadas.⁶⁷ Hacemos notar el trazo oblicuo después de la letra ζ , que presenta el mismo corte y la misma profundidad de las letras. En la línea 4, el último signo que queda no puede ser un ∇ , que aparece claramente cerrado por arriba, en forma de cua-

drilátero irregular, y falta la parte inferior: por lo que sugiere una identificación con \diamond *r* o con \bowtie *be*. El cipo continuaba probablemente abajo con algunas líneas. La lectura resultante podría ser (...)/*serdu* (o *do?*) /*nsors/ear* (??) *se/ldari* (o *be?*) ..|..... Parece lo más probable que el texto tuviera un contenido funerario. El cotejo con la estela, seguramente funeraria, de Cretas que posee una intitulación con las dos palabras *calun seldar*⁶⁸ induciría a reconocer en *seldar* un nombre personal.⁶⁹

65. Sobre las inscripciones ibéricas de Cerdeña, en *Bol. Semin. Arte y Arqueología Univ. Valladolid*, LII-LIV, 1949, 50, págs. 1-7.

66. Cfr. especialmente la estela de Valencia. GÓMEZ MORENO, op. cit., pág. 307, n.º 75.

67. Aunque no falten nexos epigráficos en las inscripciones ibéricas, cfr. GÓMEZ MORENO, op. cit.

68. GÓMEZ MORENO, op. cit., pág. 292, n.º 24.

69. Cfr. GÓMEZ MORENO, op. cit., pág. 278.

A título de comparación puramente hipotética, nos permitimos señalar la posibilidad de una relación entre la palabra *ser̄dun* (o *ser̄don*) y el *sr̄dn* que aparece en la inscripción fenicia de Nora, y ha sido identificado con el nombre de Cerdeña.

Para concluir estas notas quisiéramos recordar que, además de los monumentos señalados por García y Bellido, existen en Cerdeña otros testimonios, de significado incierto y de interpretación gráfica muy insegura (que, entiéndase bien, son imposibles de fechar), en los que se quiso ver una relación con la escritura ibérica. Se trata de las supuestas «inscripciones» incisas mencionadas y parcialmente reproducidas por E. Pais en su trabajo de síntesis sobre la cultura nurághica,⁷⁰ en particular la del nuraghe Losa di Abbasanta, del cual se reproduce un dibujo (fig. 2). Pais cree que puede ponerse en relación con algunos grafitos asturianos; y no faltan para el ductus alargado y cursivo otras analogías, esencialmente en las regiones celtibéricas.⁷¹ Valdría la pena volver a examinar críticamente estas curiosas incisiones y buscar otras citadas por Pais para establecer su verdadera naturaleza y determinar el valor eventual con fines al estudio del problema de las influencias hispánicas en Cerdeña.



Fig. 2. — Incisión de la nuraghe Losa di Abbasanta.

70. En *Archivio storico sardo*, VI, 1910. págs. 121 ss.

71. Cfr. GÓMEZ MORENO, op. cit., pág. 309, n.º 80; pág. 313, n.º 95; págs. 316 ss., 320 ss. y 326 ss.